

Xabier R. Blanco

# Rosalía Mera

El hilo suelto

Historia de  
la fundadora de Zara  
y primera mujer  
de Amancio Ortega



# ÍNDICE

*Agradecimientos*  
*Prólogo. Sin patrón*

## PRIMERA PARTE ROSI

- Capítulo 1. REPENTINO FINAL DE LA BÚSQUEDA
- Capítulo 2. TODO FINAL TIENE UN PRINCIPIO
- Capítulo 3. UNA MÁQUINA DE DESTRUIR MATRIMONIOS

## SEGUNDA PARTE ROSALÍA MERA

- Capítulo 4. ROSALÍA SE PRESENTA
- Capítulo 5. EL IMPERDIBLE DE PAIDEIA
- Capítulo 6. ATREVERSE A DESEAR
- Capítulo 7. INVERSORA POR VOCACIÓN
- Capítulo 8. LA MILLONARIA REBELDE
- Capítulo 9. LA CUENTA DE LA VIDA
- Capítulo 10. LA FORTUNA CONTINÚA CRECIENDO
- Capítulo 11. LA PENA QUEDA EN EL QUE SIGUE

*Bibliografía*

*A Rosalía Mera, porque  
aprendió a vivir sin patrón.*

*No queriendo inventar, robé. Es decir, copié, hurté, transcribí. Si este libro tiene lectores y al cerrarlo tienen ante él un hombre o una mujer (un personaje), sea el que sea, pero con todos sus atributos: juventud, madurez, ancianidad, y les queda clara su imagen (formada de miles de miles) de lo que fue su época, ¿qué más da que se haya sacado la noticia de un periódico, de una conferencia, de un libro, de un relato, de una mentira? Procuré no apartarme de lo que creí fue verdad, mas ¿quién me asegura que así fue?... Solo Dios sabe. Pero no creo que se entretenga en esta sabiduría de segunda mano que es el recuerdo.*

MAX AUB

## AGRADECIMIENTOS

**A** Patricia Fontanilla, por llegar.

A Jesús Salgado y José Luis Gómez, por aquella llamada.

A Ymelda Navajo y Mónica Liberman, por creer y su paciencia.

A todos los que se prestaron a recordar.

A los que prefirieron hablar a oscuras y a los que guardaron un silencio clarificador.

A Cecilia Monllor, de la que «fusilo» una sabia reflexión de Max Aub en homenaje a los que escribieron sobre Rosalía y el prodigio de Inditex.

A doña Generosa y a Sabela, detrás y delante, pero siempre a mi lado.

A Amancio Ortega, por permitir en una ocasión que mirásemos por la ventana.

A Sandra Ortega Mera, porque no me negó el permiso, aunque tampoco se lo pedí.

## PRÓLOGO

## SIN PATRÓN

Aquí estamos. Otra vez. Como si los hilos de la vida quisieran enredarnos sin que ninguno lo haya deseado. Conocí a Rosalía Mera en la taberna Os Belés. Jesús Salgado me había ofrecido participar en una biografía sobre Amancio Ortega y allí la abordé con todo el descaro. Aceptó una copa y rechazó colaborar en el trabajo. Las cuentas se le daban bien. A cambio regaló una buena frase para los que vivimos de recoger anécdotas: «Quiero seguir haciendo *topless* con tranquilidad». A los pocos días de que saliese publicado el libro *Amancio Ortega. De cero a Zara* su secretaria llamó para avisar de que la jefa quería hablar inmediatamente con el perpetrador. A la hora estaba en su despacho, ovillado delante de una mujer con un cabreo más que considerable porque habíamos reproducido sin su consentimiento una fotografía de adolescente en la que aparecía al lado de varias dependientas de La Maja. «Por cierto, ¿me puedes pasar la fotografía?», preguntó después de veinte minutos de reprimenda innecesaria para conseguir la imagen.

«No quiero que me escribas una biografía», repetía sin necesidad de sacarle el tema cada vez que nos desnucábamos en Os Belés o el azar cotidiano nos juntaba. «Me parece que este huevo está pidiendo sal», me atreví a soltarle un día al comprobar que ella seguía con la cantinela cuando ya había abandonado toda esperanza de que aceptase. Así era Rosalía. Quería salir en los papeles pero sin querer reconocerlo.

En julio de 2005 aceptó acudir a la presentación en Boiro de *Querido Ramón*, libro en el que Ramona Maneiro cuenta cómo ayudó a morir al tetrapléjico Ramón Sampeiro. Con este gesto dio por agotado el cupo de peticiones de este chófer de anécdotas, aunque en el fondo sabía que debía una.

Rosalía habló poco pero dijo mucho. Las frases que encabezan los capítulos encierran una sabiduría demoledora y están extraídas de las entrevistas en profundidad que concedió. «Es difícil hacer un libro cuando no te hablan los protagonistas», reconocería Amancio Ortega durante una conversación en Casas Novas en 2010 que publiqué en *Xornal de Galicia* sin que se molestase más que lo necesario. En el yunque del silencio forjó su leyenda. Rosalía, la otra gran protagonista de ese gran prodigio llamado Inditex, prefirió cribar sus pensamientos para construir de manera controlada un personaje que reivindica su papel en la historia tras sobreponerse a los golpes de la vida. Pudo ser un hilo roto, pero acabó siendo un hilo suelto. La costurera se hizo millonaria, la millonaria solidaria y rebelde. Pudo haber hecho más, seguro, pero también podía no haber hecho nada.

Y aquí estamos. Otra vez. Aunque ahora las visitas fueron al cementerio de Liáns para comentar el proyecto hasta que permitió que los dedos aporreasen el teclado, con la misma ilusión con la que ella y su cuñada Primitiva descubrieron una bata para sacar con más deseo que pericia el patrón que los catapultaría al éxito. Este traje se hizo con lo que dejó dicho, con lo que dijeron de ella y con lo que han callado. La intención ha sido acertar con la talla de un personaje sin patrón.

# PRIMERA PARTE

# ROSI

# CAPÍTULO 1

## REPENTINO FINAL DE LA BÚSQUEDA

*A veces las personas creemos que no somos perecederas.*

La mala fortuna de la muerte no distingue los dígitos de una cuenta corriente. La mañana del miércoles 14 de agosto de 2013 los nietos de Rosalía Mera alertan a su madre, Sandra, de que la abuela está haciendo unos ruidos extraños. La familia ultima sus vacaciones en Menorca, se dispone a regresar a A Coruña ese mismo día y nada hace presagiar que a la mujer más rica de España, cofundadora de Inditex y persona de carácter y pensamientos acerados, le queda un hilo de vida. Tiene sesenta y nueve años, un montón de proyectos sobre la mesa de su despacho en la Fundación Paideia ubicada en la coruñesa plaza de María Pita y parece fuerte como un junco. Inmediatamente es trasladada al hospital Mateu Orfila, donde se le diagnostica un accidente cerebrovascular masivo que le provoca una situación «irreversible», según el diagnóstico de los médicos que la atienden, como trascenderá más tarde.

A su ciudad natal todavía no ha llegado la fatídica noticia en un día en el que las redacciones trabajan al ralentí de la época estival. El periodista Pablo Portabales, director del programa *Voces de A Coruña* en Radio Voz, se encuentra de vacaciones en Baiona. El reloj no marca todavía las siete de la tarde y se está preparando para salir a tomar unas tapas con los amigos por la bullanguera villa que tuvo las primeras noticias del Descubrimiento de América. Suena su móvil y piensa que lo apremian para salir de marcha, pero al otro lado del teléfono una persona próxima al imperio Inditex le suelta una bomba informativa: «¿Sabes que se ha muerto Rosalía Mera?». «Yo estaba siguiendo a través del

móvil y el Twitter la actualidad y en los principales periódicos nadie publicaba nada y era un acontecimiento de gran relevancia», recuerda Portabales. Realiza una llamada a otra fuente de aguas transparentes para contrastar la información y esta desconoce la noticia. Está a punto de dejarlo para seguir con el plan porque vivimos en una época en que ya nos hemos acostumbrado a bulos y noticias virales, pero también es consciente de que la persona que lo acaba de alertar no acostumbra a malgastar una llamada si no se trata de algo importante. Vuelve a sabanear en Internet los principales medios y estos continúan callados. «A veces sucede que estás fuera y piensas que tienes un notición y cuando llamas a la Redacción te cuentan que ya lo saben desde hace horas», confiesa este comunicador que cada día le toma el pulso a la vida social coruñesa desde las páginas de *La Voz de Galicia*. Pero la curiosidad periodística es mayor y decide discar el teléfono de otra persona muy cercana a Rosalía Mera. Ahora sí le confirman que «le ha sucedido algo grave» y es cuando decide avisar al rotativo para el que trabaja. Inmediatamente le devuelve la llamada el director pidiéndole que siga con las averiguaciones. *La Voz de Galicia* ya ha publicado el estado de extrema gravedad de la cofundadora de Zara en la web y también empieza a aparecer en otros medios. Los acontecimientos se disparan.

Las agencias repican la noticia, pero la situación es brumosa. Se dice que Rosalía había entrado en el hospital por su propio pie tras sufrir un agudo malestar; se habla de que se encontraba de vacaciones en Mallorca... Al día siguiente, los periódicos publican que las primeras veinticuatro horas serán decisivas para conocer la evolución y para que la familia y el equipo médico que le atiende puedan decidir si es pertinente el traslado hasta A Coruña. Amancio Ortega, exmarido y padre de Sandra y de Marcos, ya ha puesto a funcionar la maquinaria de Inditex para atender a la que fue su compañera durante veinte años y apoyar a sus hijos en

este difícil trance. Aunque en los medios se cuenta que la situación es crítica, tanto en los mentideros periodísticos como en los empresariales ya se espera el fatal desenlace. Rosalía Mera, una mujer que vigiló con cautela sus apariciones mediáticas y aprovechó cada una de sus irrupciones para potenciar la labor social de la Fundación Paideia, está sin querer en el foco informativo. Es agosto y el buen tiempo no es noticia, sino un accidente meteorológico habitual. Las últimas horas de la segunda fortuna de España fueron casi seguidas en directo.

Faltan pocos minutos para las cuatro de la tarde. Un avión-ambulancia del servicio público de salud de Baleares se posa en el aeropuerto coruñés de Alvedro. La «Matutano», como los trabajadores del servicio de emergencias han bautizado jocosamente a la ambulancia mecanizada amarilla de caja americana, la mejor que hay en la ciudad, se acerca a la aeronave. Con Rosalía viajan un sanitario del servicio de emergencias médicas de Baleares y José Machuca, amigo y médico de la familia. Los reporteros gráficos registran el trasvase y también la esperan en la entrada de la clínica privada San Rafael. Llega pasadas las 16.30 horas; con respiración asistida y tapada con una sábana blanca es introducida en el centro hospitalario, en el que ya la esperan el jefe de cardiología y el responsable de la UCI.

En ese momento consiguen retratar intubada a esta mujer coqueta que participó en el cambio del curso de la moda. La última fotografía es publicada por una agencia. El departamento de comunicación de Inditex está a pleno rendimiento ante la crítica situación por la que pasa su cofundadora. En la edición web de *La Voz de Galicia* se levanta la fotografía horas después, obedeciendo la sugerencia de la multinacional, pero en el rotativo compostelano *El Correo Gallego* aparecerá en la primera del día siguiente.

Horas después Amancio Ortega llega a la clínica. Su rostro refleja preocupación. Más tarde lo hará su sobrino político, Juan Carlos Rodríguez Cebrián, y su esposa Loli,

hija del fallecido Antonio Ortega, que se encontraban veraneando en Ibiza cuando Rosalía es ingresada en estado crítico en Menorca. Sandra y su marido Pablo Gómez ya se encuentran en el interior, pero nadie consigue retratarlos. Son contadas las personas que entran en la habitación en la que Rosalía pasa sus últimas horas. Solo familiares y amigos muy cercanos asisten con más animosidad que esperanza a las diferentes pruebas médicas, como un tac y un encefalograma para comprobar la afección por el derrame cerebral.

Amancio acompaña a su hija primogénita y a su exmujer cuando hacia las 20.30 horas se decide que siga su camino. «Después de estudiar bien las posibilidades, trasladar a Rosalía fue la mejor opción que se pudo tomar», declaró al día siguiente antes de entrar en el velatorio José Machuca, médico de la familia. La imagen con el rostro de circunstancias del hombre que cuidó con esmero su anonimato hasta la salida a Bolsa de la compañía abandonando el centro hospitalario minutos antes de las diez de la noche ilustrará la información en los periódicos del día siguiente. Rosalía sería trasladada minutos después al tanatorio Servisa.

Horas antes, «alguien de la familia» llama al sacerdote José Carlos Alonso. Le comunica que el deseo de Rosalía Mera era ser enterrada en el cementerio de Santa Eulalia de Liáns. «Me dice que a ella le gustaba pasear por esa zona, y por supuesto accedí», relata el párroco de Santa Cruz. Hasta ese momento no conocía a la familia, ya que la residencia de la fallecida pertenece a la parroquia de Dorneda.

Al día siguiente, Gustavo Rivas, fotógrafo de *La Voz de Galicia*, es de los primeros en llegar al tanatorio, incluso antes de que lo hagan los deudos. Está acostumbrado a apuntar con su cámara a los rostros más conocidos del imperio Inditex y, sin embargo, no tiene las coordenadas físicas de Sandra Ortega. Uno de los primeros coches en llegar al aparcamiento sobre las diez y media es un Renault Scenic. Del vehículo baja una mujer de unos cuarenta años

teñida de color rojo llamativo. Viste vaqueros, calza sandalias y luce una blusa estampada a juego con su cabello. A simple vista da la impresión de que después de mostrar sus respetos a la familia de alguno de los difuntos que se velan en el tanatorio va a disfrutar de un estupendo día de playa. A su lado caminan dos adolescentes. Son sus dos hijos mayores: «Al principio pensé que era uno más de los que llegaban a dar el pésame —recuerda Rivas—. La enfoqué, disparé y entonces me di cuenta de que era ella. Las únicas fotos que había eran de archivo de hace muchos años y fui el único que consiguió la foto». El resto de compañeros gráficos solo lograron fotografiar más tarde a Sandra Ortega, la hija de Rosalía, la mujer repentinamente más rica de España, y lo hicieron a través del tamiz de una ventana. Hasta la mañana siguiente, Sandra, la primogénita de Amancio Ortega, será una gran desconocida, como había conseguido serlo muchos años su padre. A partir de ese momento, la heredera invisible tendrá que dar un inesperado paso al frente, pero de momento aún tiene que enterrar a su madre.

Marcos Sueiro, periodista de *El Mundo*, se pasa toda la jornada en el interior del tanatorio a escasos metros de Amancio Ortega y de su hija Sandra. Ni en este momento Rosalía Mera tuvo distinguos, ya que su duelo es compartido con otras cuatro familias que velan a los suyos en salas colindantes. «Amancio permaneció en todo momento a su lado, aunque no les vi cruzar demasiadas palabras», comenta Sueiro. El sacerdote, José Carlos Alonso, que también acude a dar el pésame, sí presencia como padre e hija «dialogaron con cariño y tomaron decisiones conjuntamente». Es de los que no se cree que las relaciones sean tan tibias como se vocea desde hace años en los mentideros coruñeses.

Amancio también es cazado por las televisiones charlando animosamente por teléfono desde una ventana de la casa mortuoria. Una de las llamadas que recibe procede de la Casa Real. En ningún momento se le escapan lágrimas